

original



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

"TIBURÓN SE BAÑA, PERO SALPICA" (II)

A los acordes del sandunguero "Tumba la caña", y llevando en sus pendones el lema de "Honradez, Paz y Trabajo", la Conjunción Patriótica Nacional" que presentaba como candidatos presidenciales al General Mario García Menocal y al sabio Enrique José Varona, triunfó en los comicios celebrados el primero de Noviembre de 1912 y fueron tales las proporciones de dicha victoria que alcanzó igualmente al General Ernesto Asbert, postulado para Gobernador provincial de la Habana y al no menos general Fernando Freyre de Andrade en sus aspiraciones alcaldicias.

José Miguel presidió aquellas elecciones y se dispuso a darles, sin más dificultades, posesión de sus cargos a los vencedores. Era un acto que ocurría por primera vez en nuestra República. La transmisión de poderes de un cubano, a otro cubano, aceptando el gobierno su derrota en las urnas.

"Tiburón", llamado así, con la misma familiaridad por amigos y adversarios políticos, abandonaba la "silla de Doña Pilar", como la había bautizado "La Política Cómica" por ser dicho mueble un regalo especial de Doña Pilar Somoano, propietaria del "Hotel Telégrafos", tras un periodo turbulento y discutido, pero lo cierto es que al entregar la presidencia se le conocían dos propiedades. Una urbana: la casa, ni muy modesta, ni muy lujosa, que fabricara con un tejado de cristal e la esquina de Prado y Trocadero y otra rústica: la finca que adquirió en Calabazar, bautizándola con el nombre de su querida esposa: América.

Pocas semanas después puso agua por medio abordo del "Espagne" se dirigió a Europa en compañía de su familia con objeto de disfrutar de unas bien ganadas vacaciones. Su regreso constituyó una gran manifestación de simpatía popular y por las calles se cantaba con letra adaptada convenientemente una rumbita muy en boga por aquella época:

"Ha llegado Tiburón
de recorrer tierra extraña
y le dice a Menocal:
¡Ay, no te mueras, sin ir a España!

A su llegada oteó el panorama político. Se aprestaban ya nuestros dos grandes partidos a contender en las próximas elecciones generales. Se rumoraba que Menocal aceptaría otra postulación para un nuevo mandato y por los liberales, el persistente Alfredo Zayas, que había sido sacrificado por sus correligionarios en 1908 y vencido por sus adversarios en 1912 se reorganizaba con vistas a una nueva intentona, convencido de que a la tercera va la vencida.

Y a fe que estuvo a punto de justificarse la vieja máxima, ya que en los primeros instantes, pareció triunfadora la candidatura que llevaba como aspirante presidencial al paciente cantor de "Al caer de la nieve" y en calidad de vice aparecía el fogoso e impulsivo Carlos Mendieta, representante de la facción miguelista y director de aquel "Heraldo de Cuba" que más tarde, un día fuera víctima de las furias populares por su incondicionalismo al régimen machadista, pero que indiscutiblemente significó en sus inicios, bajo el retocado de su fundador Don Manuel Márquez Sterling y luego encauzado por Orestes Ferrara, un gran periódico que renovó viejas normas de nuestro periodismo. Pero aquellos primeros partes favorables no lo eran todo.

Los escrutinios oficiales que se desenvolvían lentamente daban la sensación de un viraje en el lenguaje de las urnas. Los liberales se impacientaban. Se presentaron recursos cuyas vistas celebráronse en el Tribunal Supremo, ya que entonces no existía todavía el Tribunal Superior Electoral. La acción legal les fué otorgada a los representantes el gallo y el arado en Camagüey y la Habana, pues los comandantes Recio y Barreras resultaron definitivamente victoriosos y se mandaron a celebrar comicios suplementarios en Guadalupe y Pedro Barba, poblados villareños.

El propio candidato Alfredo Zayas se arriesgó hasta dichos lugares. No pudo pasar al interior de los colegios, porque no se lo permitieron, mas en el tren, de regreso hacia la Habana, se enteró de que ya en los campos cubanos ardía la revolución.

(CONTINUARA)